



AÑO XI.

HABANA, ENERO 20 DE 1895

HEMEROTECA
RESERVA

NÚM. 3

29

EL FIGARO

Periódico Literario y Artístico



DR. MANUEL VALDÉS RODRÍGUEZ

(FOTOGRAFÍA TOMADA EXPRESAMENTE PARA "EL FIGARO" POR LOS SRES. OTERO Y COLOMINAS)

16

* SUMARIO *

Texto: "El Velorio," (cuadro de Oller) por Enrique José Varona.—Pésame.—In Memoriam, soneto, por Lola R. de Tió.—Nuestro duelo, por B. Tió Segarra.—Un siglo inquieto, por Gastón Mora.—ALBUM FEMENINO: Señorita María Xenes, por E. Fontanills.—MEXICANAS: II, La ciudad de los palacios, por *Acy La Rou*.—Divo é di-
va, por Francisco Hernida.—La tristeza de la tarde, poesía, por Aurelio Mitjans.—
La Alcancia, por Diego V. Tejera.—Las "Memorias" de un magistrado, por Manuel
de la Cruz.—Flor negra, soneto, por Julio Florez.—Valdés Rodríguez y su obra.—
MÉDICOS DISTINGUIDOS: Doctor García Mon.—La partitura, poesía, por Salvador Rueda.—
A nuestros lectores.—Número de señoras.—Crónica, por *Mejstófeles*.—RETA-
ZOS.—ANUNCIOS.

NOVELA PARA EL FIGARO: La aventura de Ladislao Bólski, por Víctor Cherbulez, tradu-
cida por Enrique José Varona.

Grabados: Doctor Valdés Rodríguez.—María Xenes.—El Jardín: México.—Tamag-
no.—María D'Arneiro.—Julia Cuní.—Sara Yarini.—Elisa Setiem.—Eva Díaz.—María
Amelia Cuní.—Doctor García Mon.—Señoritas Argilagos y Pérez del Castillo, por
Taveira.

PORTADA: por Amato.—Dibujos y viñetas, por Henares, Cilla, Del Barrio, Held, Domin-
go, Taveira, Spencer y Manrique.

"El velorio"

Sr. Francisco Oller.

Muy distinguido señor mío:



A carta, en que usted se sirve pedir mi opi-
nión sobre su gran cuadro "El Velorio," me
deja tan agradecido como confuso. Los in-
formes que usted ha recogido de mí son por lo
visto bastante más que exagerados. En Cuba,
aunque no es defecto especial de los cubanos, so-
lemos contentarnos con el nombre, cuando no te-
nemos la realidad de la cosa. No dudo, pues, que
alguno de mis compatriotas le haya hecho pensar
de mí todo lo bueno que usted dice, movido él
de ilusión patriótica, ya que no deba yo tomar el
móvil de sus informes por mera vanidad de cam-
panario.

Yo no he sido sino un espíritu curioso, que ha
procurado ver el mayor número de facetas de esta rea-
lidad multiforme que nos cerca y nos deslumbra. Pero
una cosa es intentar ese difícil viaje de circunvalación, y
otra realizarlo. Alta ambición es la de poder decir con el
poeta

J'ai pris, senti, goûté la fleur de toutes chouses;

mas á lo grande del anhelo no corresponde siempre la magnitud
del resultado. Y el fruto de mi curiosidad ha sido sólo cierto
dejo de escepticismo resignado, que mira más á la flaqueza de
mis fuerzas, que á la posibilidad de ahondar el misterio del
mundo, y un gran disgusto, que á veces me sabe á aversión, de
todo dogmatismo.

Me queda, es verdad, el amor al arte; pero también el temor
de que el espíritu crítico, que se hace el dormido en algún án-
gulo olvidado de mi cerebro, quiera venir á enturbiarme la clara
fuente en que me llevo á contemplar reflejadas las grandes cosas
con que se tropieza tan rara vez en la realidad. Esto no es desco-
nocer la alta función de la crítica; es aseverar que, aun supo-
niéndome apto para ella, la evito de propósito las más veces,
cuando por dicha puedo disfrutar de la contemplación de una
verdadera obra de arte.

En el caso de usted y de su cuadro, todavía hay una razón
mayor, para que no me arriesgara yo á descomponer mi impre-
sión, analizándola con la minuciosidad del que va á juzgar y no
á gozar de las bellezas que tiene delante. Y es que no se pue-
de criticar una obra de arte, sin conocer la parte técnica, lo que
ignoro si acertaré llamándolo el mecanismo de ejecución, *le*
métier, en una palabra, como dicen los franceses y no sé decir
en castellano. He visitado algunos museos, y me he pasado lar-
gas horas embelesado ante las maravillas de luz y colorido, de
dibujo y expresión que han logrado poner é infundir en un lien-
zo ó en una tabla los grandes maestros. Pero creería desvariar,
si, por este hecho, me encontrase autorizado para levantarme á
formular opinión sobre ésta ó la otra escuela, tal ó cual manera,
aquella ó la otra tendencia. Mi gusto, el de mi uso particular,
puede y debe haberse afinado, habré aprendido á gozar más de
las bellezas pictóricas y seré más susceptible de sufrir con los
borrones é incongruencias de los pintores adocenados; pero
harto ve usted que con todo ello no basta para adquirir la ca-
pacidad de conceder diplomas, que es tarea de perito y no de
dilettante.

Descargada así mi conciencia, puedo ahora decir á usted con
toda lisura le impresión de un curioso, muy amigo de todo lo
bello y elevado, muy respetuoso de todo gran esfuerzo, muy ad-
mirador de toda superioridad de orden moral, ante su gran obra.

Bien quisiera dar á usted más, porque usted merece mucho más;
pero doy á usted lo que tengo, y ya se sabe lo que reza el pro-
verbio.

Su obra me ha parecido portentosa en los pormenores; el
conjunto no me ha dominado. No sé si traduzco bien mi pen-
samiento. No he sentido lo que los preceptistas literarios lla-
man unidad de interés. He tenido que recorrer parte por parte,
grupo por grupo, figura por figura, y en cada una y cada uno
he descubierto bellezas de distinto orden, aquí corrección im-
pecable dibujo, allí he visto á la figura ejecutar el movimiento,
allá el sol me ha parecido flotar, alumbrar y calentar, la expre-
sión de aquel rostro negro me ha obligado á meditar y la sonri-
sa dolorosa de esa madre me ha hecho sentir frío en el corazón.
Pudiera de memoria aislar cien detalles, que cada uno podría
constituir un cuadro acabado. Pero no acierto á decirme por
qué de la totalidad de la obra no guardo la profunda huella que
de sus partes, ni por qué necesito reconstruir de propósito el
gran pensamiento que ha dado vida á esa complicada escena.
He de reconstruirlo; no se me impone.

Verdad que, después de reconstruido, me subyuga y me llena
de admiración por las facultades excepcionales del autor, por la
alta idea que de su arte tiene el artista, y por la noble sinceridad
que resplandece en la obra inspirada y dirigida por ese gran pen-
samiento.

No sé lo que dirán de ella los pintores. Por mi parte sí digo
que me parece muy noble empleo del talento disciplinarlo á fin
de que sirva para fijar en lo más resistente que hasta ahora existe,
en una bella obra de arte, la amarga protesta de un espíritu rec-
to ante la degradación monstruosa de los sentimientos que dan
su más alto precio á la vida humana. Y que tengo por muy be-
llo hacinar tantas inmundicias morales para hacer flotar so-
bre ellas el espíritu dolorido del artista enamorado del ideal re-
moto. Elevándome á esa consideración, se me representa su
cuadro

"Cual charca vil que en cenagoso fondo
sabe copiar la claridad del cielo."

De V. con la más grande consideración,

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

PÉSAME

El miércoles de la presente semana, falleció en esta capital la
respetable señora doña Tránsito Betancourt, viuda del por tan-
tos títulos ilustre, Lcdo. Anacleto Bermúdez. Era la finada
señora de singulares prendas de carácter, de una nobleza de
sentimientos verdaderamente extraordinaria y de un espíritu de
justicia tan arraigado y tan raro en persona de su sexo, que
hasta para distribuir las limosnas que con mano abierta prodi-
gaba, se la veía hacer un escrupuloso espulgo, para que la dá-
diva llegara siempre al más necesitado.

Poseedora en vida de tan altas cualidades no es extraño que
haya muerto rodeada de toda clase de respetos, á los que se
unieron los que aún guarda esta generación para la memoria del
patriota insigne, notable jurisconsulto y literato distinguido,
para quien fué la noble señora que hoy nos abandona, dulce
compañera, inspiradora de sus más exquisitas producciones lite-
rarias. Recordamos el precioso soneto que le dedicó en cierta
ocasión después de haberla visto en la capilla de la Beneficencia
oyendo misa, y que no renunciemos á la tentación de reproducir:

Te ví en el templo, el sacrificio Santo
El ministro del cielo celebraba,
Y en el sagrado Asilo resonaba
De la inocencia el religioso canto.

Nunca tanto sentí ni sintió tanto
De Alonso el corazón cuando miraba
Que entre las Vírgenes del Sol brillaba
De la modesta Cora el dulce encanto.

Tú á mí los ojos lánguidos volviste;
Yo en los tuyos fijé los míos de fuego,
Y entendí tu mirada y me entendiste.

¡Perdona, oh Dios, si allí de amor ardía,
Y en mi delirio arrebatado y ciego,
Ni al sacerdote ni al altar veía!

A sus sobrinos, nuestros amigos los señores don Ricardo,
don Francisco y don Federico Betancourt y Salgado, y á su al-
bacea y pariente el Dr. Aragón, enviamos el testimonio del más
sentido pésame.



In * memoriam!

*Fuí de tu dicha y de tu amor testigo!
Ví florecer tu alegre primavera!
Y hoy lloro, por mi mal, tu hora postrera,
Al ver á la amistad morir contigo.*

*¡Perdió mi corazón un tierno amigo,
arrebataado de la Parca fiera...
Con voz entristecida y lastimera,
¡venid, ¡oh Musas! á llorar conmigo!*

*En negra noche, y de la patria ausente,
el que fué de virtud alto modelo,
se hundió en las sombras del sepulcro frío...*

*Mas, ¡ay! quién sabe si al doblar la frente,
murió soñando con su hermoso cielo,
¡su hermoso cielo, que también es mío!*

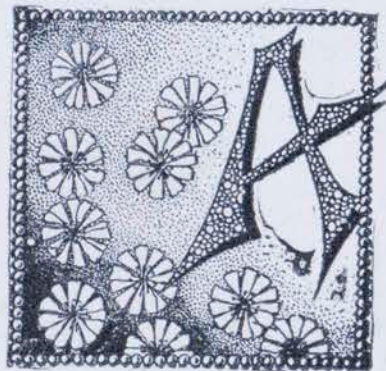
LOLA RODRIGUEZ DE TIÓ.

A mi noble amigo Francisco P. Quiñones.



NUESTRO * DUELO

A Francisco P. Quiñones



NTE los crespones de luto que cubren hoy la tumba del que fué nuestro querido amigo, el corazón se envuelve en amargas tristezas! ¡Cuántos recuerdos se agolpan á nuestra imaginación! ¡Cómo pasan á nuestra vista los serenos días de la infancia con sus alegres travesuras, las luchas escolares, el bullicioso correr por las calles! ¡Cómo se fija nuestro

pensamiento en aquella adolescencia feliz, en que se persiguen dulcísimas quimeras, alimentadas por sueños que no se realizan, por esperanzas que alegran nuestro espíritu! ¡Cómo suena armoniosa la campana de la iglesia de nuestro pueblo! ¡Qué ríos tan cristalinos, qué campiña tan hermosa! ¡Impresiones que quedan siempre grabadas en nuestra alma, perfume que no se evapora, sentimiento que perdura, por más que la cabeza esté cubierta de nieve!

Al recorrer con el pensamiento la larga lista de nuestros compañeros de aquella época feliz, ¡qué de infinitas tristezas siente el alma! ¡Cuántos, acaso los más queridos, han buscado en la sombra eterna refugio á las luchas mundanales! ¡Qué pesar tan intenso para los que quedan, regar con lágrimas la tierra que guarda tantos despojos amados!

* *

La insaciable traidora de siempre nos arrebató hoy á uno de esos seres queridos. Lejos de la patria, nuestro cariño había crecido, nuestra amistad se había estrechado, como si la ausencia de la tierra amada fuese vínculo más fuerte que atara nuestros corazones!

¡Y cómo amaba á su villa natal! ¡Ni un solo instante se apartaba de su pensamiento el terruño, y aprovechaba las ocasiones para entregarse á los recuerdos! ¡Sus ojos se abrillanta-

ban; la alegría se reflejaba en aquel rostro, y la risa estallaba placentera al encantarse con tan dulces memorias! ¡Cómo ambicionaba volver á pasar sus últimos días en aquellas lomas que eran su mayor atractivo! Pero ¡ah! ¡que la vida está siempre llena de escollos que entorpecen el camino de los ideales!

Joven aún, terminada su carrera científica, buscó en una distinguida dama cubana, su más dulce compañera, y entonces visitó por última vez los lugares queridos de su infancia; fué aquella la despedida de la tierra de sus amores.

Desde entonces, atado al duro poste del deber, del deber que era su religión, ha pasado los mejores años de su vida al servicio de su noble profesión, consagrandolo á su hogar y al corto número de sus elegidos el calor de sus puros afectos. En aras del puesto que conquistó con su incesante labor, con las energías de su carácter levantado y su honradez acrisolada, todo lo ha sacrificado.

Había alcanzado el cargo más alto en el ramo que servía; era ya Ingeniero Jefe, pero sus 27 años de trabajos constantes, sin haber solicitado una sola licencia como descanso á sus fatigas, no fueron bastantes para poder dejar siquiera una modesta fortuna á su numerosa familia; deja sóiamente un nombre, pero un nombre que se pronunciará siempre con veneración y respeto, y que será el mejor timbre que podrán ostentar sus hijos con orgullo.

Ni las enfermedades, ni las privaciones, ni las incomodidades de su labor, lo alejaron nunca del cumplimiento de su deber. Pudiendo morir tranquilo como Jefe, muere como un simple soldado en el campo de batalla; la casilla de un peón caminero ha recogido su último suspiro.

¡Duerma en paz el amigo querido, mientras lejos de sus montañas amadas hay quien cubre con flores y lágrimas la tierra que guarda sus venerados restos!

Enero, 1195.

B. TIÓ SEGARRA.



* Un siglo inquieto *



NOY es casi vulgar la frase de que este siglo diez y nueve es el siglo de las grandes transiciones. Se ha pasado del régimen monárquico absoluto al régimen monárquico parlamentario, y se ha iniciado la tendencia hacia el régimen democrático republicano. La ciencia ha dejado de ser especulativa, y se nos ofrece esencialmente experimental. La filosofía positivista ha sucedido a la filosofía trascendental. En todos los órdenes se observan profundas transformaciones. Se transforman los aspectos de la vida material. Se modifican las condiciones de la existencia social. Pues las mismas radicales transformaciones y modificaciones se descubren en el modo de ser espiritual de la humanidad. Ciertos estados de conciencia se alteran o desaparecen para dar plaza a otros estados, si no enteramente desarrollados, iniciados al menos.

Este trabajo de reconstitución psicológica y sociológica se realizaba lenta y difícilmente antes del siglo por la escasez de medios comunicativos entre los hombres. Pero en la actual centuria la prensa y el vapor, en su vuelo prodigioso, han multiplicado de tal modo las comunicaciones que puede decirse, sin mucha exageración, que los pueblos cultos y civilizados viven una misma vida material e intelectual. Los grupos étnicos que no producen o producen poco, se sostienen y desarrollan a espensas de las producciones de los demás, y de esta suerte todos alcanzan casi igual grado en la escala de los progresos humanos. Los innumerables beneficios que trae consigo la civilización, constituyen el patrimonio común de todas las sociedades adelantadas, y paulatinamente van penetrando esos beneficios en los pueblos salvajes o bárbaros. Pero el progreso económico, con ser mucho, no lo es todo. Aumenta el "confort," hace más agradable y prolonga la vida; he aquí su vida; he aquí su resultado definitivo. Ciertamente que esto bien merece que se procure con ahínco dotar al trabajo de mayor energía y eficacia. En resumen; lo que se busca es hacer a la tierra—la casa que habitamos—más y más confortable. Pero la vida tiene exigencias de otro orden, de una esfera más elevada. La humanidad siempre se ha movido a impulsos de grandes fuerzas espirituales. Siempre ha habido un ideal, estrella polar del mundo del espíritu. Todos los organismos sociales, todas las instituciones, sólo son instrumentos, más o menos imperfectos, para realizar el bien de la colectividad. Si se prefiere tal orden político o tal orden económico, es porque se le juzga más propicio para promover el progreso. Simultáneamente con estas naturales y legítimas aspiraciones a una vida más desahogada, en que las necesidades imperiosas del organismo se hallen debidamente satisfechas, un ideal superior ha dominado el espíritu del hombre. Ese ideal ha sido religioso en absoluto. La religión ha sido el supremo pensamiento, la esperanza suprema. Ha descansado en dos bases fundamentales; la creencia en Dios y la creencia en la inmortalidad del alma. Todos los hombres pensadores están contestes en declarar que una crisis terrible y profundísima ha quebrantado la fe y como agotado el manantial divino de que brotaba el agua pura que servía para consolar y refrigerar. El libre examen ha emancipado, es cierto, la conciencia, pero como era imposible poner límites a las investigaciones de la crítica, sus trabajos han demolido el secular edificio en que se cobijaba el alma mística y creyente de fervorosas generaciones. La filosofía moderna, esencialmente positivista, y la ciencia moderna, esencialmente experimental, han alejado del espíritu humano aquella riente visión de la "ciudad de Dios" que proporcionaba goces inefables a los cristianos de los primeros siglos. Destruído o eclipsado el eterno ideal, no se ve con qué se le va a sustituir. Ni los sentimientos altruistas ni las virtudes que ensalzaba el estoicismo, si bastantes para satisfacer al pequeño grupo de los pensadores, serán nunca suficientes para satisfacer el alma apasionada de la generalidad. Queda el patriotismo, pero cuando hay escuelas que lo niegan, calificándolo de mera convención social; cuando hay quienes entienden que ese concepto todo lo encierra y otros que creen que abarca muy poco; cuando para un gran número, en el fondo, muchas veces o casi siempre no es más que el interés individual, de nación o de raza; cuando se ve que la idea de patria se pospone a la idea de familia; cuando se observa que cada pueblo y hasta cada individuo entiende a su guisa el patriotismo, ¿cómo sería posible que sustituyera al ideal por excelencia? Nos queda la ciencia, que es universal, y no particularista como el patriotismo. Nos queda la ciencia, que es pura y desinteresada, y en la que pueden encontrar su comunión espiritual los hombres de todas las latitudes. Pero esa misma ciencia se ha encargado de quitarse cualquier idealidad que pudiese tener, demostrando cuán grande é irreparable es la miseria humana. Ella nos enseña que llegará un momento en que toda atmósfera y toda vida habrán desaparecido sobre la haza de la tierra; en que la civilización, la cultura, las ciencias, las artes desaparecerán para siempre; en que la muerte habrá extinguido todo lo que viva, haciendo de nuestro planeta una inmensa tumba, no iluminada por ningún tenue rayo de luz. Todo este horror, toda esta inutilidad, toda esta enseñanza sombría y tremenda, ¿puede elevarse a la divina categoría de ideal? En esta profunda filosofía se halla la génesis de ese espíritu inquieto y zozobroso, que es como la característica de la actual generación. Y lo más triste es que no se vislumbra o presiente ningún nuevo ideal. En vano será que la humanidad se esfuerce y sacrifique por levantar grandes construcciones materiales y espirituales. Después de un período de apogeo y bienestar, aunque dure siglos enteros y parezca perpetuarse por la conservación y trabajo de generaciones sucesivas, llegará un día en que "todo habrá sido." La conciencia de ser este el término fatal, ineludible, del proceso humano, la van adquiriendo paulatinamente las masas. merced a la difusión, cada vez mayor, de las verdades demostradas por la ciencia experimental. Cuando esta convicción se haya vulgarizado lo bastante para acabar de extinguir en el corazón del pueblo el sentimiento de una vida feliz eterna que compense la miseria de la existencia terrenal, sobrevendrá una crisis social tremenda en la que habrán de zozobrar todas las instituciones fundadas en mentiras y quimeras, todas las organizaciones que descansan en ficciones y convencionalismos, para dar paso a una civilización en la que los hombres tendrán mayor acopio de bienes materiales, en la que estarán más compenetrados con la naturaleza, pero en la que, acaso, echen de menos los ideales cuyo imperio viene minando terriblemente el espíritu crítico e investigador de la ciencia contemporánea.

Enero, 1895.

GASTÓN MORA.



Srta. María Xénes

*La luz de las auroras en su frente,
la sombra de las noches en su espalda!*

Así, tal como veía el poeta a su adorada, he visto yo a María. Vuelta su cara hacia un punto cualquiera, quedará siempre de la hechicera niña esa total ilusión, porque si en su rostro hay la blanca palidez de las nubes boreales, su undosa cabellera cae desplegada como un himno nocturno hecho de bucles de azabache.

Mi pluma la ridiculizaría si la comparase con una flor. No es posible, por que además de ridículo sería absurdo y siempre de mal gusto, el parangón entre lo divino y lo terreno. Para buscar algo que refleje la tersura de su faz, risueña y delicada, es necesario elevarse a la contemplación de uno de esos querubines que miran para nuestras tristezas al través de los discos de las estrellas o en la extensión de las diafanidades astrales.

Si yo fuese forzado a hacer de María Xénes un elogio completo, cabal y decisivo, no vacilaría en estampar con la pluma, lo que siempre había expresado con mis labios. Diría que sus ojos son los ojos más lindos de la Habana.

Los más lindos y los más cautivadores. Ojos negros, hermosos y vivos guarnecidos por espesas cejas, arqueadas y sedosas como la corola partida de una rosa, en cuyo caliz se conserva intacta la esencia de las melancolías, de las ternuras y de los ensueños.

Hasta aquí queda dicho de María Xénes lo que tiene el derecho de decir cualquiera que la contemple por primera vez. El amigo tiene mucho más que consignar en el elogio de esa figura encantadora. Yo, con ese título de amigo de María, agotaría todos los adjetivos, acudiría a todas las hipérboles y llamaría a las puertas de todas las alabanzas sin que jamás hubiese para mi alma la amplia e inefable satisfacción de decir:

—Esa simpatía, esa amabilidad y esa gracia son la simpatía, la amabilidad y la gracia, únicas, especiales propias en la persona de una de las señoritas de más genuina distinción en el seno de la sociedad habanera.

ENRIQUE FONTANILLS.



Mexicanas

II

LA CIUDAD DE LOS PALACIOS



MÉXICO, la vieja ciudad de los Virreyes, fundada por la raza indefensa sobre islas que surgían de un lago, como una Venecia americana, pero una Venecia situada, como un nido de águilas, sobre las altas montañas, á miles de piés del nivel del mar; México merece ese título de "Ciudad de los Palacios," que le dan sus hijos con orgullo legítimo.

Cuenta la tradición que los indios que fundaron la ciudad eligieron este sitio, entonces húmedo y malsano, por que sus dioses les hicieron saber, por los medios ocultos que tenían á su disposición los dioses de aquel entonces para comunicarse con sus fieles adoradores, que debían levantar la ciudad en el sitio en que encontrasen un águila sobre un *tunal* y con una serpiente presa en su corvo y poderoso pico, y aquí, sobre una pequeña isleta, vieron el águila con los demás atributos indicados por sus dioses y que han venido á ser las armas de la república mexicana, después de servir, con cerrada corona, al breve imperio de los Iturbides y Maximilianos.

Cortés, en su gloriosa conquista, empresa nunca igualada, con la espada y el tormento en una mano y el estandarte de España y el símbolo del cristianismo en la otra, derribó los *teocalis* sangrientos, arrasó con la ciudad indefensa y fundó la futura "Ciudad de los Palacios." Aun hoy consérvanse en pie edificios que dieron abrigo y fueron hogar de aquellos hombres de hierro, de alma más templada que sus tizonas, que tenían todos los vicios del aventurero y todas las grandezas del soldado.

Los virreyes que gobernaron y tiranizaron este pueblo, dejaron tras ellas soberbias mansiones que han desafiado el embate de los años, las inclemencias del tiempo y hasta las conmociones de la tierra.

Los frailes, los verdaderos soldados de la conquista, los que la afianzaron con sus misiones, han dejado su huella, de tal manera impresa, que no han bastado los años, las revoluciones y los esfuerzos de los gobiernos liberales para borrarla. Han dejado tras sí templos soberbios, que hoy, convertidos muchos de ellos en museos y bibliotecas, en teatros ó hoteles, levantan todavía sus torres ó sus cúpulas, como protesta viva contra la civilización moderna, que arrojó de sus claustros á los hombres negros que predicaban la fe del crucificado. La influencia, la soberanía, mejor dicho, que ejerció en este país la iglesia de Roma, se revela á cada paso. No hay una casa de las fabricadas en tiempo de la dominación española que no ostente, en nichos labrados en sus muros, de espesor exagerado, ó coronando sus azoteas, santos y vírgenes ó simplemente cruces. Es el sello del fraile puesto allí como una marca de fábrica.

En México hay dos ciudades que se codean y se mezclan, que luchan: la ciudad vieja, por conservar el puesto; la ciudad nueva, por alzarse sobre las ruinas de su antepasada. Pero la abuela es fuerte y se resiste.

Las casas antiguas, con sus paredes macizas, adornadas con bajo-relieves toscos, sus rejas de hierro, sus balcones de cobre, los zaguanes y patios enormes, las puertas de madera labrada y los adornos de azulejos, y las iglesias, con sus torres y cúpulas cubiertas de una capa de musgo y adornadas también con azulejos de una calidad tal que se conservan intactos, haciendo brillar al sol sus colores azul, amarillo ó verde y rojo, dibujando sobre la piedra cruces y estrellas, tan vivos, como si el día anterior los hubiese fijado allí la cuchara del albañil: esa es la ciudad vieja.

Las villas que bordean el magnífico paseo de "La Reforma," los hoteles de la avenida de Juárez, de Bucarely, de San Cosme, etc.: esa es la ciudad nueva, con sus mármoles pulidos, rejas doradas y jardines coquetones. Resulta de lo que dejo escrito, que México es una ciudad remendada, pero hermosa en sus dos aspectos y sumamente interesante.

El lago no existe, y no sólo no existe, sino que México se resiente de la falta de agua. Por muchos años, existió un grave peligro: las inundaciones; la ciudad está rodeada de lagos, cuyo nivel es más alto que el de ella y de aquí que algunas veces las aguas se desbordaban y anegaban la ciudad, que permanecía dos meses bajo las aguas. Ya en tiempo de los españoles se procuró atajar el mal de una manera radical, por medio de un desagüe, obra gigantesca conocida por "El Tajo de Nochistongo," que aún hoy se admira, como se admira al ingeniero que la dirigió, un tal Enrique Martínez. Hoy, en estos momentos, se terminan, por una compañía inglesa y con ayuda de ingenieros mexicanos, un tunel y un canal, que, dando salida á las aguas del valle y regularizando el curso ó movimiento de las de los lagos, librará á México para siempre de ese peligro y le procurará además grandes ventajas. Pero de esa obra colosal, que hace honor á la América, me ocuparé en capítulo aparte.

Volvamos á la ciudad. Las calles de México son, en su mayoría, anchas y rectas y bien empedradas ó macadamizadas; los edificios, el que menos de dos pisos, y las aceras anchas y bastante bien cuidadas: de aquí que el aspecto general de la ciudad sea hermoso. Hay edificios, como el palacio Nacional y sobre todo, la antigua escuela de Minería—fabricada, según me han dicho, para palacio de Carlos IV—dignos de cualquier capital europea; otros, como el "Jockey Club" y la casa del marqués de Saltillo—hoy hotel Iturbide, después de haber sido palacio del emperador del mismo nombre—únicos en su

clase, y fabricaciones modernas, como se ven en Londres, París ó Nueva York.

Los parques y paseos son hermosos y están bastante bien atendidos. "La Reforma," que es el "Bois de Bologne" ó "El Retiro" de México, es un paseo de árboles gigantescos de la familia de los eucaliptos, un poco melancólicos para nosotros los hijos del trópico. Adornan este paseo tres monumentos principales y varias estatuas de hombres célebres de los diferentes estados de la república, estas últimas de escaso valor artístico, y por último dos colosales estatuas de bronce, representando dos guerreros indígenas, que como obras de arte tampoco valen gran cosa. De los monumentos principales, es el primero, la estatua de Carlos IV, en bronce, á la entrada del paseo; es de proporciones colosales y bastante buena. El segundo es el monumento á Colón: al rededor de un pedestal de piedra se sientan cuatro monjes y corona el monumento Colón que alza con la mano izquierda un paño que cubre una esfera puesta á sus piés. Las figuras son de bronce y resultan muy grandes para el pedestal. Y es el tercero y último, la estatua del indio Cuahutemoc, guerrero que luchó en defensa de la patria, según reza la inscripción al pie: es sin disputa el mejor de los tres; la figura del indio fundida en bronce, parece tener vida y movimiento, su planta se diría que está pronta á dejar el suelo y la flecha que empuña en su diestra parece ya vibrar cortando el aire al impulso del robusto brazo del guerrero, para ir á clavarse en el pecho enemigo.

"La Alameda" es un viejo parque, rejuvenecido con fuentes y kioscos, bastante mayor que nuestro "Campo de Marte" y más bello.

"El Zócalo," que tiene á un costado el Ayuntamiento, al otro la Catedral y á su frente el palacio Nacional es, lo que sería nuestro Parque Central si se ocupasen algo más de él, y, por último el bosque de "Chapultepec" rodeando el castillo de ese nombre, residencia presidencial y Colegio Militar, situado al fin de "La Reforma," sobre la loma de "Chapultepec" ó del "Grillo," un parque bonito, árboles hermosísimos y una colección de animales vivos, son sus encantos principales, aparte de alguna que otra inscripción ó jeroglífico indígena que, medio borrados, se ven sobre las rocas. Los demás parques no merecen mención especial.



De teatros, México está mal; no hay uno solo digno de tan bella ciudad. El Nacional ó de la Ópera es inferior á Payret, por muchos conceptos; Iturbide, aunque chico, es bonito, pero hoy lo ocupa la Cámara de Diputados, arrojada de su local propio por un incendio; el Principal y Arbeu, como Hidalgo, no llegan á Albisu.

Para la gente del bronce hay algunos bailes públicos como aquellos de "Capellanes," en la Alameda un "Salón de patinar" y en cuanto á diversiones, pare usted de contar.

Los hoteles son siempre un punto importante y más ahora que parece van á venir excursionistas de esa. México tiene muchos hoteles, pero ninguno realmente bueno. Los mejores son "El Jardín," que ocupa un antiguo convento, el "Iturbide," en la casa-palacio del marqués de Saltillo y "La Maison Dorée," frente á este último; después vienen "La Concordia," "Colón," "Nacional" y otro bueno, "El Grillo," y "El Americano."

Los restaurants, tampoco son buenos: en México no se come, ni con mucho, como en la Habana, pero en fin, los mejorcitos son "Maison Dorée" y "París."

En mi próxima correspondencia acabaré de ocuparme de la ciudad y sus monumentos, que algo queda todavía en el saco, y entonces diré algo de sus habitantes y costumbres.

Hasta entonces.

ACY LA ROU.

Divo e diva

FRANCISCO Tamagno, el tenor de las notas grandes y de las grandes pagas, es ese gallardo y provecito ser humano cuyo retrato podrá ver el lector en esta página.

De Tamagno, sobre todo, puede decirse: tiene las notas del dinero, es decir, las notas agudas más extensas y potentes que ha dado tenor alguno en muchos tiempos. Es además, un cantante de estilo, de gran sentimiento y de un arte lozano y robusto. Es el más rico de los tenores y toda su gran riqueza ha salido de su garganta. Ser privilegiado por la naturaleza en lo que es fuerza, y materia: órgano; y en lo que es facultad moral: talento y genio. Su presencia en una escena constituye siempre un enorme acontecimiento teatral. Madrid, Barcelona, diversas ciudades de Italia y de otras naciones y últimamente México y Nueva York han aclamado al coloso de la escena lírica italiana.

Guillermo Tell, Otello, Africana, Hugonotes, Trovador, Aida, Hebra, Poluto y otras que ahora no tengo presentes son óperas que significan triunfos esplendorosos y universales para el que puede ser considerado como el rey de los tenores dramáticos.

A su voz y su arte excepcionales añade otra excepción muy brillante: Tamagno viste con lujosa elegancia no igualada por ningún otro tenor.

Este astro de la escena italiana es lo que en el tecnicismo del mundo lírico se llama: un *divo*.

Divo significa el colmo de la excelitud en la expresión del arte del canto. Tamagno ha llegado ya a la cumbre desde hace no poco tiempo y en ella permanece con todo el esplendor, de lo que es, de un gran tenor.

Hace poco tiempo cantó en México con la D'Arneiro Tamagno. Durante algunos días la Habana se hizo la ilusión de oírlo en la temporada de ópera que tan misérrimamente se ha extinguido.

Pero Tamagno no vendrá a la Habana mientras no se ocupe en traer ópera a Tacón un empresario de mayores vuelos que el ya conocido aquí por su modestia y temor pecuniario rayano en la miseria.



La . tristeza . de . la . tarde

Donde tímido el sol su rayo quiebra
produciendo preciosos tornasoles,
cual si hubiese brotado cada hebra
de esos ojos de luz que son dos soles.

Cantaré la tristeza de la brisa
que suspira tal vez enamorada
cuando cruza las selvas indecisas,
agitando el folloje en la enramada.

Pero ¿cómo cantar esa tristeza,
si estando entretenido á vuestro lado
me parece radiante de belleza
el mismo cielo azul encapotado?

Pero ¿cómo encontrar la poesía
que destile en el alma la amargura,
si todo en torno vuestro es alegría
y brota de esos labios la ventura?

Mas si es la tarde á vuestros ojos triste,
diré siempre que es triste, desde ahora;
pero que es la tristeza que reviste,
mucho más que el placer, encantadora.

Inédita.

AURELIO MITJANS.



Como obedezco á vuestra voz sumiso,
aunque en mi mente inspiración no arde,
por cumplir un solemne compromiso
cantaré la tristeza de la tarde.

Cantaré la tristeza de esas nubes
matizadas de azul, de nieve y grana,
donde tienen su trono los querubes
asentado con pompa soberana.





En estas mismas páginas damos el retrato de la señorita Mary D'Arneiro que con Tamagno ha cantado en México: *Aida*, *Hugonotes*, *Trovador* y *Africana*.

En la interpretación de esas óperas, el público y la crítica ha dividido el aplauso y el elogio entre tenor y tiple y entre tiple y tenor, entre el *divo* hecho y la *diva* que comienza, entre Francisco Tamagno y Mary D'Arneiro.

Esta joven cantante de evidente y excepcional valer, que sin intermitencias ha brillado con fulgor de estrella en la actual temporada de ópera, ora cantando *Aida*, ora *Trovador* ó *Hugonotes*, *Cavalleria Rusticana* y *Un ballo in maschera*. A mi modo de ver y al de no pocos críticos que saben advertir las iniciaciones de lo grande, en la señorita D'Arneiro obsérvanse, nacientes todas aquellas cualidades que perfeccionadas forman la soprano del género dramático de muy elevado rango, en fin, la *diva*.

La escuela de canto de esta artista hace honor á su maestro el vizconde D'Arneiro, al cual ha de tener que agradecerle el teatro lírico internacional la formación de una de sus ilustraciones en la persona de Mary D'Arneiro. Esta cantante de excepcional cuadratura de voz, igual, afinada, extensa, extraordinariamente voluminosa, de simpático timbre, además de esto, que son privilegios hechos por la Naturaleza, tiene gusto depurado y exquisito sentimiento, cosas ambas formadas también por la Naturaleza; pero en colaboración con el estudio y el ambiente en que se ha desenvuelto el espíritu.

De ella puede decirse la frase consagrada á los grandes augurios en la antigüedad: TU MARCELLUS ERIS.

Lo cual, bien explicado, quiere decir: tú ya eres grande, aunque aún no hayas crecido.

Y es que el sér humano, como la flor, tiene en sí toda la génesis de su fuerza y de su belleza; el crecimiento es una consecuencia inevitable. Por ello es fundada mi creencia de que se nace en un rango.

Hasta el azar ha querido ser profeta, uniendo en un mismo número y frente á frente las figuras fotografiadas de Tamagno y D'Arneiro. Y al verlos yo colocados tan cerca el uno del otro, en este selecto periódico, he querido escribir este artículo, del cual, así como brota la espuma de la ola, ha brotado este título: *Divo e diva*.

FRANCISCO HERMIDA.

LA ALCANCIA

NO es un *acontecimiento* el hecho que se verificó en París á fines de diciembre último, y sin embargo los periódicos lo refirieron y el público lo leyó conmovido, porque, aunque insignificante en sí, era una nota plácida entre el desconcierto de pasiones rugientes que estremece de continuo la tumultuosa capital. Nada más sencillo. Una mañana un alcalde de barrio recibe un anónimo y se dispone, algo inquieto, á recorrerlo, cuando desde las primeras líneas se serena y siente que se le vá dilatando el corazón. He aquí el anónimo, con su estilo y candor infantiles:

“Señor Alcalde:—“Yo le ruego que reciba la expresión de mi agradecimiento á la ciudad de París, hoy que abandono sus escuelas primarias para entrar en el liceo.

“Yo me acordaré siempre de los años que he pasado en esas escuelas del décimo barrio, de los servicios que debo á sus maestras y de la abnegación con que me han instruído.

“Yo llevo también al liceo el recuerdo de mis compañeras, con quienes he jugado y trabajado tanto. Pienso en todas ellas, hoy que las dejo, y me figuro que las quiero más.

“Yo pienso sobre todo en aquellas que, á la entrada del invierno, puedan carecer de ropa y alimento. Quisiera ayudarlas. Con esta idea, vací mi alcancía que contiene piezas de cobre y de plata que me han dado mis padres como premios durante los años que he estado en la escuela. Se las envío, Sr. Alcalde, suplicándole que las reciba y las convierta en bonos de cantina ó de vestidos y se los dé á las niñas de sus escuelas que puedan necesitarlos.

“Yo le ruego, Sr. Alcalde, se sirva aceptar los cumplimientos respetuosos de su alumna, *Eugenia*.”

Esta carta “cuyos párrafos todos empiezan por un *Yo* pero probando que no siempre el *Yo*, es odioso y puede ser hasta adorable”—como observa un diario—contenía un giro por valor de 117 francos 75 céntimos.

El Alcalde, naturalmente, se apresuró á realizar el deseo de la niña, y lo hizo con solemnidad. Para que se conociese la interesante carta, dirigió á todas las escuelas de párvulas de su barrio la siguiente orden del día:

“Señora directora:—“Tengo el honor de enviarle la orden siguiente del día, que usted se servirá comunicar al profesorado y á las alumnas de la escuela que usted dirige.

“El Alcalde del barrio décimo siente profunda satisfacción al participar á las alumnas de las escuelas primarias que acaba de recibir una carta anónima concebida en estos términos: (aquí la carta.)

“Adjunta venía una letra con la suma de todas las economías de la adorable niña, ascendente á 117 francos 75 céntimos.

“El impulso de corazón, el pensamiento de compañerismo conmovedor y de bondad que expresa y realiza nuestra tierna bienhechora, deben servir de ejemplo y honran en gran manera á los padres que han creado en la niña inspiraciones tan generosas y también á las abnegadas maestras que con su enseñanza han favorecido su expresión.”

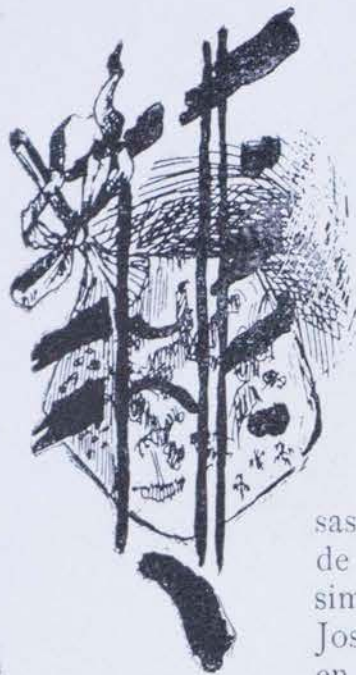
Tal es el hecho sencillo á que se ha dado publicidad porque en medio de los escándalos diarios que estallan en la atmósfera parisiense, en los momentos precisos, por ejemplo, en que la vil traición de un oficial de ejército tenía acongojados muchos ánimos, infundiéndoles dudas hasta acerca de la nobleza de la raza, el rasgo de la oscura niña es, para esos pesimistas por ofuscación, un indicio de que la raza es originariamente buena. Si lo es, en realidad, y en ninguna ciudad como en París hemos visto nunca tantos testimonios de generosidad individual. A cada paso la prensa los publica y producen siempre el efecto de soplos de aura fresco, que pasan sobre un arenal abrasador.

Para nosotros el hecho que referimos tiene además otro valor. Los reaccionarios franceses han trinado tanto y tanto contra las escuelas municipales, llamándolas escuelas *sin Dios* porque suprimen la enseñanza del catecismo y de la historia “sagrada,” que es útil mostrar que en ellas no se descuida la verdadera educación moral y se tiende, por el contrario, á despertar y fortificar los sentimientos que mantienen la solidaridad humana, fin primordial de la moralidad.

D. V. TEJERA.



"Las Memorias" de un Magistrado



A anunciado el corresponsal de la *La Lucha* en París la reciente aparición, en la capital de Francia, de las Memorias de D. José Francisco de Heredia, oidor en las Audiencias de Santo Domingo, de Caracas y de México, y padre del insigne poeta lírico que por el *Niágara* y el *Teocalí de Cholula* ocupa el más eminente sitio del parnaso Americano. Noble y glorioso por sus ascendientes, glorioso y noble por sus descendientes, el íntegro y probo Magistrado, que mereció á su insigne hijo tan sinceras y ardorosas alabanzas, aparecerá en sus confesiones merecedor de aquellos elogios, merecedor del aplauso y de las simpatías de la posteridad. Cúpole en suerte á don José Francisco Heredia, ser actor en días de revuelta, en días de discordias que habrían de concluir por transformar la faz del nuevo mundo; y lo que él vió, lo que él presenció, lo que él pudo impedir y lo que se consumió encendiendo su ira, oprimiendo su corazón de hombre y de patriota, ha de ocupar prominente lugar en ese relato que por una faz ha de ser curiosa é interesantísima contribución á la historia de Venezuela en las postrimerías de la dominación española, y por otra faz la autobiografía de un español de Hispano América, letrado, literato, escritor, hombre justo, liberal, bueno. Cúpole en suerte á don José Francisco de Heredia, ejercer funciones de oidor en la Audiencia de Caracas en los días ominosos que siguieron á la capitulación de aquel ilustre é infortunado Miranda, durante la sangrienta y brutal dictadura de aquel Montalverde que fué uno de los responsables del trágico periodo que se llamó de la *guerra á muerte*, y que ha puesto de relieve, en su siniestro realismo, la pluma del difunto literato Aristides Rojas, en sus primorosas leyendas históricas. Pocos pero muy expresivos elogios tributó Rojas á la memoria del oidor Heredia, y en el homenaje á la conducta humana y generosa que observara el Magistrado en aquellos días de saña, de turbulencias y de odios desencadenados, es unánime el voto de gracias de los historiadores de la antigua Colombia. Para dicha de la humanidad, para gloria y honor del nombre español, no fué el oidor Heredia el único que se opuso al torrente de las pasiones, el único que con la pluma ó con la acción resuelta, abominó la iniquidad ó execró el crimen. Hubo muchos, soldados y civiles, que sintieron los mismos impulsos que él, que en momentos supremos no vacilaron en ofrecerse en holocausto por la verdad y la justicia, pero hubo uno entre todos, magistrado como él, que compartió con él sus emociones, sus zozobras, sus tormentos, y que, poco después de los sucesos, dió á su padre la expresión cabal de aquella historia, oscurecida por la distancia y la impostura. Don Pedro de Urquinaona y Pardo, oidor de la Audiencia de Caracas y Comisionado para la pacificación del reino de Nueva Granada en 1812, publicó en Madrid, en 1820, su famosa *Relación documentada del origen y progreso del trastorno de las provincias de Venezuela*, y aunque en sus páginas se habla raras veces del oidor Heredia, nunca dejó ser para encomio de su conducta como magistrado. Ni Urquinaona, ni Heredia escribieron impulsados por aquella dolorosa necesidad que puso la pluma en manos habituadas al manejo de la espada, necesidad que originó libros de alto valor como documentos históricos y como exponentes del estado de conciencia. Consumado el desastre del imperio español en América con la derrota de Ayacucho, el despecho de la nación, en forma de maldiciones, de calumnias y de sangrientos epigramas, cayó como lluvia de fuego sobre los vencidos en la última y decisiva batalla. Para vindicar su honra de hombre y de soldado el general García Camba compuso y publicó (en 1846) sus célebres *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, que ha sido preciosa fuente de información para la redacción definitiva de la historia de aquellos sucesos. En Heredia y Urquinaona el hábito de la profesión, y especialmente, en el primero, el amor al cultivo de las letras, les predisponían á narrar lo que vieron, á relatar sucesos relacionados íntimamente con su vida moral é intelectual. La obra póstuma del oidor de la Audiencia de Caracas, como la de su compañero y amigo, el austero don Pedro de Urquinaona, será un elemento más para acrisolar y poner á su verdadera luz á los actores de aquel periodo anárquico y sombrío que adobó la fibra y templó el coraje de los próceres de la independencia. La posteridad nunca agradecerá bastante el inestimable servicio que le prestan con sus sinceras confesiones testigos tan idóneos como Heredia y Urquinaona.

Precede á las *Memorias* de don José Francisco de Heredia, un prólogo escrito por la misma pluma que trazara el episodio de la Revolución de Cuba que comprende la vida de Morales Lemus. Es singular coincidencia que hoy, al sacar á luz la histórica reliquia, el pensamiento íntimo del hombre que con su amor y su ejemplo formó el corazón de nuestro primer poeta político, le sirva de heraldo y panegirista el escritor revolucionario que con más arte, con más íntima y sencilla poesía, propagara y ensalzara los principios y emociones que el hijo amoroso del oidor decano de la Audiencia de Caracas, llevara al corazón de sus hermanos, de generación en generación, en forma de solemnes é inefables melodías.

MANUEL DE LA CRUZ.

FLOR NEGRA

A mi hermano y amigo Melecio Sánchez.

Yo tengo como el mar horas serenas,
en que pierde mi espíritu su brío
y se aduerme en la carne como el río
sobre su luengo tálamo de arenas;

Horas en que la sangre de mis venas
blandamente circula, en que el Hastio
como siniestro cáraño sombrío
huye de la guarida de mis penas!

¡Ah!... si entonces, acaso venturoso,
un instante me ves y una sonrisa
desarruga mi labio casi inerte,

Es porque aquellas horas de reposo,
que pasan para mí siempre de prisa,
tienen algo del sueño de la muerte!

Bogotá, 1894

JULIO FLÓREZ



Certamen de Belleza

DEL
"ALBUM DE LAS DAMAS"

MATANZAS



JULIA CUNÍ



ELISA SETIEN



SARA YARINI

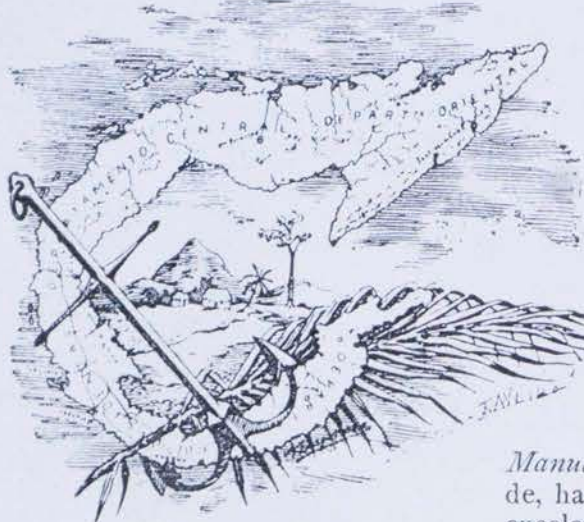


EVA DIAZ



MARIA AMELIA CUNI

Valdés Rodríguez y su obra



UESTA abajo, Amargura esquina á Compostela, se levanta un hermoso edificio que comprende casi un tercio de manzana. Pintado de amarillo, como la mayoría de las casas de Cuba, con sus tres pisos altos de puntal, y sin otro de tanta elevación á su alderredor descátase desde lejos y atrae la curiosidad del transeunte que por primera vez discurre por aquella calle histórica: es el instituto *San Manuel y San Francisco*. Yo lo visité la otra tarde, hará cosa de un mes, y me pareció una obra excelente. Mientras lo recorría, una frase amar-

guisima de Spencer me retozaba en la memoria: "en la vida lo importante no es *ser*, sino *parecer*." ¡Qué verdad es esto! En España y sus colonias hay muchos establecimientos que parecen colegios; pero, ¡cuán pocos lo son! *San Manuel y San Francisco* es uno de los pocos y ya iré diciendo por qué.

El edificio no es un dechado de arquitectura, que en Cuba no existe quien lo haga; pero es una casa cómoda, fresca, amplia, como todas las antiguas, y muy á propósito para lo que se emplea. En la fachada hay tres puertas, grande la del medio y pequeñas las de los lados; aquella es la principal, éstas sirven de entrada á los escolares: los varones van, por la de la derecha, á su departamento; las hembras, por la de la izquierda, van al suyo. En el arco, donde el zaguán concluye, á guisa de medio-punto se ve una tabla con una inscripción que dice: "En esta casa murió el día 13 de diciembre de 1884 D. Francisco del Hoyo y Junco, natural de Santa María del Junco, consejo de Rivadesella, Asturias. Legó su fortuna para fundar este colegio y el de *San Pedro y Santa María*, en el consejo de Llanes." Y con efecto, dos años después de fallecido el benemérito asturiano, establecióse, con la pompa del caso, cumpliéndose la voluntad del legatario, al ponerse por nombre *San Manuel y San Francisco*, en recuerdo de dos hermanos de aquél. Desde entonces el albacea D. Benigno Delmonte viene administrando, con su probidad y diligencia demostradas, el legado cuantioso, y á la muerte de este abogado distinguido—¡que ojalá sea tarde!—pasará la administración á la Sociedad Económica, la institución del país. De aquella fecha acá, ¡cuántos niños pobres han recibido enseñanza gratuita! Bienaventurados los ricos que se cuidan de la niñez, porque de ellos será la gratitud de los pueblos.

Más allá del patio, al fondo del edificio, se advierte una puertecilla gacha: es la entrada interior de la biblioteca que sostiene el colegio, una biblioteca á la moderna, en que hay libros viejos y nuevos, pero libros que sirven. Y por donde quiera que se mire, en cualquiera de los tres pisos, se ven aulas y más aulas, hasta llegar á quince, muy ventiladas y limpias, y en las cuales lucen sus cuentas de colores los ábacos, ostentan su lustrosa negrura las bruñidas pizarras é invitan á sentarse los bancos automáticos, provistos de cómodos respaldos. ¡Respaldos! Esta es una gran medida, supuesto que la medicina ha demostrado que al niño que, al sentarse, no se recuesta, lo menos que le acontece es corcovarse. Y vienen después los gabinetes de física y química, con todo lo necesario para aprender esas ciencias, algo más que elementalmente; y el museo industrial, sistema Dorangeon, tan curioso como divertido; y el museo anatómico, con sus víceras y músculos, redes de nervios y osamentas; y la gran sala de exámenes, sencilla, pero elegante; y el estudio del director, aquel cuarto pequeño, donde una inteligencia escogida ha meditado muchas veces, donde un gran corazón ha padecido al contemplar de cerca la angustia de un chicuelo regañado ó la miseria de una familia desventurada...

La organización del colegio, es la única razonable que debe adoptarse: principia por mantener la unidad, el orden, la armonía indispensables para que las instituciones marchen equilibradas; sigue por aplicar la enseñanza objetiva, que es la que mejores resultados produce; continúa por la tendencia benéfica de unir á los escolares y colegiales en cuanto sea preciso y separar los en lo que necesario fuese, y después de compensar la educación intelectual con la moral y la física, en lo que cabe, concluye por cuatro innovaciones, á cual más provechosa. Es la primera la práctica de varios servicios gratuitos, tales como la vacunación periódica, la asistencia médica en casos fortuitos y la asistencia dentaria semanal, para lo cual cuenta el colegio con un excelente botiquín y con la cooperación del Dr. Porto y de un distinguido cirujano-dentista. Es la segunda la repartición de premios: los de aplicación y asistencia se confieren por sufragio entre los alumnos, los demás los discierne el profesor, y á todos los niños se les da algún premio, pues según la lógica teoría de Froebel, negárselos equivale á lastimarlos, y concedérselos es estimularlos. La tercera innovación es la utilidad manifestada de los tales premios, con los que se deleita enseñando, pues no consisten sólo en libros de amena lectura, sino que también se reparten colecciones de bellos cromos que representan los productos de la tierra y de la industria, hombres célebres y mujeres famosas, episodios de las guerras, trajes militares de las distintas armadas, monetarios, museo de zoología y copias de los lienzos y esculturas notables de los museos de bellas artes. Y es la última el sistema disciplinario, adoptado con acierto poco vulgar; nada de tener de pie, horas enteras, al alumno travieso, nada de pegarle ni hacerle dormir sobre un banco; nada de encierros bochornosos, que remedan la iniquidad maldecida; al colegial que falta se le separa de la clase, y en un salón especial, cómodamente sentado, se le hace aprender las lecciones que no haya sabido ó otras nuevas, mas nunca hasta fatigar sus tiernas inteligencias y memoria. Las más de las veces, los escándalos en las escuelas, la morosidad ó pillería del alumno, culpas son del profesor que no sabe imponer su respeto ó que no estudia á los niños, para tratar á cada cual según su temperamento é instintos; esta es la teoría moderna, y ella es la que se observa en *San Manuel y San Francisco*. Por todo lo cual el lector convendrá conmigo en que ese instituto es uno de los pocos que, además de *parecer* colegio, lo es.

Tal es la obra de Valdés Rodríguez, su amable director; obra mucho más meritoria, en mi sentir, que la de Hoyo y Junco, quien sólo cumplió con un deber de humanidad, mientras que el otro, además de cumplir con sus deberes, que son muchos y de di-tintos órdenes, se ha sacrificado en provecho de la institución, gasta allí sus ricas energías y es quien ha montado el colegio en el pie en que hoy está.

Sin Valdés Rodríguez, *San Manuel y San Francisco* hubiera sido una de tantas escuelas; con él al frente, es el instituto modelo que cuenta ya con quinientos educandos, con seis profesoras, con diez maestros y con un bibliotecario.

Y descrita ya la obra, aunque rápida y someramente, veamos ahora al autor, que es quien más vale.

En la ciudad de Matanzas, el año de gracia de 1849, nació el Dr. D. Manuel Valdés Rodríguez. Educado por los jesuitas, picóle la tarantula por la iglesia, y allá se fué al seminario de San Carlos, á estudiar la decrepita teología. Cuando era un mozo de veintiún años apenas, tales progresos había hecho en el seminario, que los clérigos le nombraron profesor de matemáticas; y como el joven seguía adelantando, pero de tal manera que se dejaba atrás á sus maestros los sacerdotes, éstos le encargaron consecutivamente de varias clases, dos de las cuales fueron las de latín y retórica y poética. Así llegó, en menos tiempo de lo pensado, y con un expediente brillantísimo, á graduarse de licenciado en teología; y entonces, para bien de la humanidad, mudó de parecer, abandonando el seminario é ingresando en la Universidad para aprender las ciencias del derecho, de la filosofía y de las bellas letras.

Terminadas esas dos carreras y recibido de maestro elemental y superior, presentóse el año 77 al concurso promovido para la escuela de Zapata, y con sus méritos relevantes derrotó á las once que con él aspiraban á la plaza: la que sirvió con tal acierto, que en su época se crearon cuatro escuelas más dependientes de aquella. Y allí estuvo hasta el año 86, en que fundado el instituto de Hoyo y Junco, fué llamado para dirigirlo, por los albeceas del inolvidable asturiano. Y con el dato de que no hace mucho tiempo que le nombraron catedrático de literatura griega y latina en nuestra Universidad literaria, se me acaban las noticias biográficas que tengo de este prestigioso Me-sías de la enseñanza.

¡La enseñanza! Ella es la pasión de Valdés Rodríguez, es carne de su carne y hueso de su hueso. Los artículos que ha publicado en *El País*, la *Revista Cubana* y otros periódicos, demuestran su afán por introducir en Cuba los progresos de la pedagogía moderna. Los libros que lleva dados á la estampa, tales como *Higiene para los niños*, *El problema de la educación*, *Aritmética para artesanos*, *Constitución del Estado para uso de las escuelas*, *La educación popular en Cuba*, (conferencia en la Económica), *Aritmética elemental (libros del maestro y del discípulo)* aparte de patentizar su saber profundo y vario, exteriorizan su amor entrañable hacia el magisterio. Y hasta en su conversación, que es divertida y jugosa, se advierte al maestro de verdad, de alma serena, de corazón bondadoso, de cerebro equilibrado. Por eso, conociéndose á sí mismo, ha preferido siempre aparecer maestro de niños, que no cualquiera otra cosa de más prestigio á que le dan derecho sus títulos, ciencia y amistades, y con entusiasmo ateniense, ha hecho converger todos sus estudios y energías hacia un solo ideal: la educación de la niñez. ¿Qué más! Al doctorarse en la Universidad, dijo en pleno claustro: "Maestro es lo que yo quiero ser antes que nada." Y se comprende ese amor, que casi raya en obsesión, ese culto de Valdés Rodríguez por la enseñanza, al recordar que desde los 21 años viene lidiando con muchachos, que su casa ha sido la escuela y la escuela ha sido su casa, y que ha podido amalgamar la familia, el hogar íntimo, con el colegio, pues su distinguida esposa, la Sra. Valentina Sanz—prematuramente fallecida hará dos años apenas—le ayudaba, y mucho, en sus difíciles tareas.

En otro pueblo, Valdés Rodríguez sería ayudado por todos; aquí, no faltará quien le mire de reojo, y hasta casi con lástima, al saber que es maestro de escuela. Es una desgracia; pero nuestro vulgo no ve en el maestro sino al hombre que pasa hambre, la caricatura irrisoria que le presentan á diario los teatros y publicaciones. Si con D. José de la Luz se hace una excepción, acháquese á diversos motivos, entre los cuales anda la endemoniada política, mas nunca á que fuera el maestro famoso, padre psíquico de la juventud de aquella época. Y sin embargo, ¡cuántos puntos de contacto no hay entre don Pepe y Valdés Rodríguez! Este, como aquél, es todo bondad, todo cariño, todo franqueza. Las más de las veces, en lugar de reprimendas, son consejos los que brotan de sus labios, consejos que hieren la fibra sensible del escolar, y lo emiendan. Y en más de una ocasión, cuando se ha visto precisado á regañar, lo ha hecho con los ojos húmedos y pasando más angustias que el chiquitín amonestado. Valdés Rodríguez tiene nervios, tiene entusiasmos son hermosos, sus calmas son caviladoras: es un temperamento de artista, lo que Macaulay llamaba un carácter. Los niños le quieren, todos le aman el estudio, nadie lo posee. Su dón para hacer que el muchacho un rapaz le dolía una muela fuertemente, el profesor lo mandó á la dirección, para que allí se estuviese quieto, y quizá durmiendo se aliviaría; pues el niño, quillo resistióse, y no fué, por no perder la clase. Haber logrado de los niños, no sólo que estén contentos en el colegio, sino que hasta deseen ir á él, es obra de romanos, y de Valdés Rodríguez es del único de que tengo noticias que tal haya conseguido.

Mas el ideal completo, el sueño dorado, aun no lo ha realizado este cubano ilustre. Su anhelo es una escuela de niñas, de niñas de 7 á 18 años, para preparar los hogares del porvenir y regenerar á la mujer criolla. "La cubana es una cera preciosísima, que moldeada á tiempo y por quien sepa, de mucho ha de servir á su país y á su siglo." Y se entusiasma hablando de su magnífica aspiración, y lo entusiasmo á uno también, porque á los hombres así, que tanto valen, se les escucha con todo el cuerpo y se les ve con el alma entera.

Desde cualquier punto de vista que se le mire, sólo alabanzas merece. Allí en mi mollera le he dado cuantas vueltas pueden dársele, y le he visto como patriota ferviente y puro, como amigo leal y afectuoso, como padre tierno y amante, y, sobre todo, como el maestro ideal, el arquetipo de los mentores. Al engalanarse hoy EL FIGARO con el retrato de Valdés Rodríguez, á pesar de mis males, no he querido cederle á nadie la pluma para trazar su silueta. Sé que esta va algo incoherente, pero no puedo resumirla, porque, como dice Castelar, el corazón no tiene memoria. Tampoco otro la hubiera hallantes rasgos en las aún más brillantes páginas de su historia modernísima.

Jueves 17 enero 95.

CÉSAR DE MADRID.





Médicos distinguidos

DOCTOR GARCIA MON

EL que persevera, llega casi siempre. Y este joven que todo se lo debe á sí mismo, ha perseverado y ha llegado, no á la cima, que presupone empeño muy largo y una labor inmensa, pero sí á donde no llegan muchos en la plenitud de la vida.

García Mon, es perito mercantil, doctor en Ciencias, en Medicina, ex catedrático del instituto de Santa Clara y, actualmente, Médico interno de la "Quinta de Dependientes", donde con verdadero efecto se le estima. El que á los seis lustros ostenta tales títulos, brega en buena lid y no se rinde, bien puede decirse que tiene un porvenir fecundo. "Por el trabajo al descanso, por el combate á la victoria", dice Tomás de Kempis.

EL FÍGARO saluda en el joven Dr. García Mon á un luchador entusiasta é inteligente.

LA * PARTITURA

¿Visteis en julio y agosto á las hormigas inquietas, ir vagando entre los trigos y las tostadas avenas y alinearse en rosarios, todas negras, todas negras, desfilando cada hormiga con una simiente á cuestras? Pues cuando miro las notas en el pentágrama presas, de la sabia *Partitura* dar á las hojas la vuelta, y desfilan por el libro, todas negras, todas negras, me parecen hormigueros que en caravana atraviesan hacia sitios ignorados donde nunca, nunca llegan. A esos renglones de *insectos*, donde duerme la cadencia,

alas les da la armonía, alas vibrantes y bellas. Como los granos de trigo se oprimen y compenetran y van formando la espiga con el orden en que alternan, esos signos, esas notas que se siguen y entremezclan, forman la ópera brillante dentro del ritmo en que tiemblan. Esos *insectos* sonoros saben compás y aritmética y aunque revueltos parecen, cada cual su punto llena. Esclavizados se miran entre líneas paralelas, como el ave en los alambres que la tienen prisionera; pero apenas la batuta brilla, alzada por la diestra

por romper lo que les ata impacientes forcejean. Ya el grandioso coliseo su regío lujo despliega, ya en los tallados diamantes los rayos vivos se quiebran, ya de los arcos voltaicos cascadas de luces ruedan, y en un ambiente de plata todo relumbra y chispea. Sobre el atril del maestro la partitura está abierta, como un exótico libro escrito en confusa lengua. El telón, lento, se riza, ya la batuta se apresta, y traza serie de *cruces*, hechas con mano frenética. Asustados los *insectos* entonces se alzan y vuelan

y á cada golpe del brazo por los aires se dispersan. De las hojas extendidas, notas y notas se alejan, y en bandadas se persiguen por la extensa sala regia. Tal del árbol cuando zumba en él disparada piedra, los pájaros aturridos salen y revolotean. Y cuando la ópera acaba y el canto lírico cesa, como vuelven las palomas al punto de que salieran, el enjambre de sonidos que aún en el aire resuena, otra vez torna á pararse en las líneas paralelas!

SALVADOR RUEDA.

A nuestros lectores

Recordamos á nuestros abonados que cada recibo de suscripción del presente mes de Enero contiene cinco números para la rifa del magnífico juego de sala, estilo Luis XIV, que regalaremos al suscriptor cuyo recibo ostente el número igual al que sea agraciado con el premio mayor en el sorteo de la lotería de la Isla, correspondiente al 22 del actual.

Dichos muebles están expuestos en casa de Borbolla, Compostela 52, en cuya gran mueblería han sido adquiridos.

Los señores agentes del interior deberán dar cuenta á la Administración antes del día del sorteo, devolviendo los recibos que en esa fecha no hubieren sido pagados, para la debida justificación.

Número de señoras

Deseando la redacción de EL FÍGARO ofrecer una muestra acabada del grado de cultura que ha alcanzado la mujer cubana en la época presente, propúsose desde hace tiempo dedicar una edición extraordinaria á aquel objeto, cuyos trabajos literarios fueran ejecutados por señoras.

A poco de comenzar la tarea de recolección de originales, encontré esta redacción con fecundo y riquísimo contingente de producción femenina, imposible de encerrar en los límites de un número corriente del periódico y decidió entonces dar más amplitud á la idea primitiva, invitando á las señoras que cultivan entre nosotros las demás bellas artes á que contribuyeran con su ingenio y talento en el dibujo, pintura y arte musical á completar la exposición del intelecto femenino que intentábamos. Todas estas circunstancias unidas á la de existir en la Habana una "Academia de tipógrafas", cuyas operarias podrían encargarse de la composición del material de imprenta, han facilitado la realización de nuestro pensamiento de ofrecer un número de EL FÍGARO hecho todo por señoras.

Para que esa obra tenga digno complemento, hemos determinado que el producto de la venta de dicho número se destine á una obra benéfica.

A este fin dispondremos una tirada extraordinaria de 5.000 ejemplares, conteniendo cada uno 24 grandes páginas, impresas en magnífico papel esmaltado, ocho de ellas á varias tintas litográficas, é ilustrado todo el texto con profusión de grabados. De la referida edición entregará esta empresa 2.000 ejemplares á la Excm. Sra. Dolores M. de Calleja, dignísima Presidenta de la Sociedad Protectora de los niños, para que el producto de su venta se destine á engrosar los fondos de tan benémerita Asociación.

La redacción de EL FÍGARO ruega de nuevo á las señoras á quienes se ha dirigido en solicitud de que cooperen á la realización de nuestra idea, que envíen sus originales antes del día 30.

"LA GRAN VIA"

Hemos sido honrados con la visita del precioso periódico madrileño *La Gran Via*, de cuya dirección literaria se ha encargado el admirable poeta Salvador Rueda, tan popular en Cuba. La revista expresada ha hecho una verdadera adquisición poniendo á su frente á uno de los literatos más conspicuos, fecundos y originales de la actual generación literaria.

Damos la más expresivas gracias á *La Gran Via* por su visita y al señor Rueda nuestros sinceros votos porque logre llevar á su nueva empresa las inmensas simpatías con que cuenta en América.

EN EL REAL

CRONICA



ABRO el carnet y ante mi vista desfilan confusas notas recojidas al azar en la síntesis de una palabra que es la expresión de un asunto donde la actualidad palpita en la noticia de sociedad, siempre interesante para el lector que espera todas las semanas que mi pluma le vaya contando los sucesos que se desarrollan en ese mundo mal llamado el mundo que se divierte, ya que es tan frecuente, tan explicable y tan natural que siempre habrá de notarse en la vida la fraternidad sin redenciones de la alegría y del dolor.

La Habana está ahora en plena temporada teatral. Para ver a nuestra sociedad, a ese núcleo que constituyen las familias elegantes, no hay que ir a los salones; basta con introducirse en los teatros.

Muchos de nuestros salones permanecen abiertos para un número limitado de amistades, conservando sus reuniones un carácter puramente familiar, como han sido en estos últimos días los recibos en casa de los señores Condes de Fernandina y en la de los señores Marqueses de Larriñaga y como son también los de las familias de Perez de la Riva, Du'Quesne, Cantero, y generales Calleja y Arderius, salvo muy simpáticas excepciones.

Con la temporada de ópera ha quedado subsistente, en grados superlativos, la afición por los espectáculos. No hay preferencias: se da la alternativa lo mismo a Albu que al Eden-tri-joa; y esta semana lo más distinguido de la Habana se reunió en Payret para la función con que los *reporters* de nuestra prensa, llamando a la caridad de nuestro pueblo, devolvía a sus lejanos hogares a un grupo de artistas abandonados y menesterosos. Y no hablo de la concurrencia en Tacón, porque ese final de la ópera ha pasado con una fría y elocuente languidez.

Hoy por hoy, el espectáculo de moda es la exhibición de *Cuadros vivos* en la escena del Eden-tri-joa. Yo he asistido todas las noches, porque ese espectáculo es de una plasticidad encantadora. No cansa; no llega a cansar jamás nada que en la vida despierte, aunque sea pasajera, el interés de nuestro espíritu. Es el atractivo de lo que amamos, de lo que es nuestro ideal, que es siempre fresco, aún en la sucesión imperecedera de los días ya encadenados en años.

Entre esos *Cuadros* hay dos figuras deliciosas: la del *Ave Maria* y la que representa a dos jóvenes que acaban de casarse.

El *Ave Maria* nos transporta idealmente a sentir y a pensar como se siente y se piensa ante esos misteriosos pasajes que sellan los labios y contienen la pluma para henchir el corazón de goces sublimes y saturan el pensamiento de visiones hechiceras.

En presencia de ese cuadro se siente uno conmovido; aquella voz que sale de lo profundo del coro entonando la preciosa *Ave Maria* de Gounod envuelve sideralmente en una atmósfera de espiritualismo la solitaria celda en que el franciscano y dos ángeles forman el más adorable conjunto.

Todo un poema de sentimiento está encarnado en el otro cuadro; en el cuadro de aquellos enamorados que en estrecho abrazo—símbolo de dos almas ya fundidas—se despiden del templo en que acaban de ser desposados.

No es el cuadro *Al fin solos!* prodigado en la vulgaridad de copias infinitas. A qué no hay frac en el novio, ni velo en la novia. Son dos tipos del Oriente que calzan coturno y completan el lujo de sus trajes con la piel de tigre que sobreponen al vestido.

En su silencio, dicen más a las almas delicadas que todos los discursos y todos los libros. Aquella actitud de una magestad encantadora. No necesitan, no, decir nada. El verbo del amor es así: mudo, solemnemente mudo!

Aunque no fuera más que por contemplar esos dos cuadros—y cuenta que los restantes son admirables—está muy justificada que la sociedad habanera haya puesto de moda aquel bello teatro que el esfuerzo y la iniciativa de un empresario han servido triunfalmente.

Una noticia que será recibida con agrado: Mis distinguidos y respetables amigos los señores marqueses de la Real Proclamación han señalado definitivamente todos los lunes para recibir a sus amistades.

El *Círculo Habanero* ha celebrado su ve'ada mensual, el lunes.

Los artistas de Sieni cantaron la *Cavalleria* y *El Barbero de Sevilla*.

La sala del Gran Teatro ofrecía esa noche un bellissimo golpe de vista.

Los socios del simpático *Círculo* ocupaban todas las localidades, advirtiéndose entre aquella falange de espectadores un número bastante crecido de familias muy distinguidas.

Ya no cabe dudarlo: el *Círculo* ha entrado con fortuna en una nueva etapa que decidirá completamente su prosperidad y auge. Yo lo señalo en medio de la más viva complacencia, porque se trata de una sociedad simpática, cuya directiva, compuesta de caballeros muy apreciables y entusiastas se afana de visible modo por la marcha progresiva de un centro que hasta ahora ha cumplido su reglamento y ha procurado mantener siempre satisfechos a sus socios.

Para la futura temporada de máscaras, son muchos y muy halagadores los proyectos que esa directiva tiene en cartera.

Uno de ellos es inaugurar la serie con un baile de trajes, cuya celebración ha sido fijada para el día 23 del próximo Febrero.

Días pasados tuvo brillante celebración una boda muy simpática en el templo de San Nicolás.

Los contrayentes fueron la señorita Olaya Oliva—dechado de bondades, tan joven y tan graciosa—y el señor Manuel Suárez—joven de probada laboriosidad, a quien adornan las más bellas cualidades personales.

Para padrinos de unión tan pura, santificada por el más acendrado de los amores, fueron elegidos la señora Josefa Fernández y el señor Manuel García.

Mi saludo y mis felicitaciones para el nuevo hogar.



LOLITA ARGILAGOS Y AGRAMONTE

Nos visita en estos momentos una distinguida señorita del Camagüey: Lolita Argilagos y Agramonte. Sus apellidos denuncian su origen; es de raza de patriotas. Su belleza corre parejas con su distinción; es una flor que deja al pasar el suave perfume de un corazón sensible a las bellas manifestaciones del arte. Bienvenida sea a la sociedad habanera.

Entre los viajeros que nos han visitado el pasado mes figura la señorita Esther Pérez del Castillo flor mexicana, de origen cubano, trasplantada desde tierna edad a la sociedad neoyorkina. Allí ha crecido, pero su espíritu refleja su origen y en la ternura de sus ojos se descubre el rayo de los trópicos. Ha pasado algunos días entre nosotros; ha venido a conocer la tierra de sus mayores. Hace días ha vuelto a la capital que baña el Hudson, pero ha dejado a su paso por esta ciudad la simpatía que inspiran siempre la belleza y corazones como el suyo de altos ideales.

Los señores de Calleja han fijado los primeros viernes de mes para sus recibos en Palacio.

Desde el miércoles llora la sociedad habanera la muerte de una señorita distinguidísima: Mercedes Armenteros y Armenteros.

Nada más triste que registrar la desaparición de seres cuyas existencias han sido, como la de Mercedes, una constante dedicación a la virtud.

Joven ha muerto, rodeada del amor de los suyos y de las simpatías de cuantos la trataban.

Un dislate que lamento de todas veras, me hizo escribir en la crónica anterior el apellido del muy simpático y muy estimable caballero señor Montojo equivocándolo con el de Manjon.

Se trataba de un marino, y en la armada española son ilustres ambos apellidos.

Sin que esto justifique en absoluto tal confusión, siempre ha de serme agradable la oportunidad de saludar cumplidamente al distinguido joven marino que ha unido su suerte a la que ha sido una de las señoritas más bien estimadas en nuestros círculos sociales.

MEFISTOFELSI

MATANCERAS

En el día de hoy se reunirán en junta general los socios del Liceo, para proceder a la elección de nueva Junta Directiva.

El viernes recibían las Stas. Hortensia y Blanca Lima. En su elegante sala tuvimos el honor de saludar a las señoras Correa de Rodríguez, Ruiz de Magriña, y a las señoritas Florinda Bernal, Julia Pablo, Lola Lamadrid, Ana Rosa Estorino, Pilar E. Magriña, Juanita A. y María L. Barrena y señoritas Correa.

El Casino Español prepara para fines del presente una velada lírico-dramática.



ESTHER PÉREZ DEL CASTILLO

Después de cuatro meses de ausencia, hemos tenido el gusto de saludar al notable actor D. Luis Roncoroni, quien piensa ofrecernos varias funciones. Las señoras Salas, Moreno y las señoritas Solís y Men'her, así como los señores Alcón, Marinas, Arimón y otros, le acompañan. El dueto, Felipe Derblay, *La de San Quintín*, *Otelo*, *La estatua de carne*, etc., forman el repertorio que nos dará a conocer el aplaudido y simpático D. Luis.

Esperamos que el culto público de Matanzas asista a Esteban, haciendo así justicia al notable actor.

Muy en breve se jurarán amor ante el altar, una simpática dama y un conocido caballero de esta ciudad.

MARIO.